

Dossier especial “Los juguetes antropomorfos” 27 Australes

Benítez Larghi, S.

CIMeCS-IdIHCS (UNLP/CONICET) y FaHCE-UNLP

Correo: sebastianbenitezlarghi@gmail.com

Cita: Benítez Larghi, Sebastián. “27 Australes”. Dossier especial *Los juguetes antropomorfos* en Revista *Lúdicamente*, Vol. 5, N°10, Año 2016 Octubre, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

La memoria es caprichosa, ya lo sabemos. Los Playmobils forman parte de mi vida desde que tengo recuerdo. Sin embargo, hay una situación que la tengo grabada con lujo de detalles. Era una tarde de enero de 1986. El calor quemaba las baldosas de vainillitas de la vereda escobarense. Pasé por delante de la vidriera de la juguetería/librería (hoy la llamarían *polirrubro*) “La hormiguita viajera” de camino a lo de mi abuela como tantas otras veces. No la miré con ninguna intención. No creía que nada pudiera sorprenderme. Pero ahí estaba. En su caja, el “Hotel de los Mineros” parecía escondido en el ángulo inferior izquierdo de la vidriera. No podía creerlo. Por aquellos años era difícil encontrar Playmobils “grandes” en las jugueterías argentinas y más aún en las de Escobar. Allí, en materia de Playmobils, todo llegaba, parafraseando a Jesús Martín Barbero, “tarde, poco y chiquito.” La llegada de un Playmobil de estas características era todo un acontecimiento. Usualmente pasaba y preguntaba si había alguna novedad... y nada. Eran tiempos donde se cultivaba la paciencia. Por ejemplo, la revista *El Gráfico* llegaba *recién* el martes por la mañana y había que reservarla varios días antes porque los tres o cuatro ejemplares se agotaban enseguida (con lo cual el asunto se convertía en una apuesta porque había que reservarla sin saber cómo le iría a Boca el domingo). La cuestión es que estaba en presencia de un milagro. El Hotel se lucía con sus sillas, mesa y camas, el posadero y los huéspedes. Una etiquetita blanca, pegada en el frente de la caja, se mostraba amenazante: “27 Australes” decía escrito con lápiz.

Era un fangote. Pero no cabían dudas: *ese* Play había llegado a *esa* juguetería, en esa calurosa tarde de enero, para mí. Seguramente esta certeza obró para convencer a mi mamá.

Al día siguiente, el “Miner’s Hotel” se erigía orgulloso entre sus pares. A partir de allí pasó a formar parte de un complejo sistema donde los soldados del Fuerte, los vaqueros en su diligencia y la oficina del Sheriff interactuaban en mil y una historias. Con juegos o partidas eternas de Plays, protagonizadas con amigos y primos, el piso de la habitación permaneció tomado durante largos años. En mi infancia, el oeste era cercano.

Hoy, la pasión por los Plays - junto con un aceptablemente bien conservado Barco Pirata, mi favorita camioneta de camping y unos cuantos muñequitos - le fue transmitida a mis dos hijos quienes se apropiaron de la herencia resignificándola día a día. Los viejos Plays conviven con intensa frecuencia versiones inimaginables en aquel glorioso 86: dragones, caballeros con nobles armaduras, piratas fantasma con parches, garfios y muletas, y hasta el mismísimo Conde Drácula. Como en otras instancias, la paciencia ya no va de la mano con las necesidades del capital. Con mis hijos sigo jugando con el mismo entusiasmo aunque muchas veces ellos le imprimen sus propias lógicas y combinaciones de armado. Y está bien.

Si podemos estudiar los juguetes como metáfora de lo social, los Playmobils combinan mágicamente lo que cambia y se conserva. De allí su encanto y la pasión que despiertan. Treinta años después, encontrar los sentidos de dicha alquimia sigue siendo el juego de mi vida.